

rio ofrecerle un trabajo digno, donde se realice como persona. Por otra parte conducir un joven al trabajo digno, es el único camino para sacarlo del ocio, del ambiente, que a veces lleva al joven a delinquir. Hay que tener en cuenta que el trabajo se debe buscar según la capacidad del joven rescatado, para que sienta satisfacción en ejercerlo y no decepción por los fracasos.

**6. Personal que trabaja en el barrio.**

Para trabajar en el barrio, no es suficiente la buena voluntad. Quien quiere incorporarse a este trabajo debe tener:

- a. Formación espiritual y oración, porque sólo con ella podemos llegar lejos.
- b. Preparación adecuada para trabajar en estos ambientes.
- c. Conciencia de que el trabajo es lento, difícil. Exige mucha paciencia y constancia.
- d. Visitar y evangelizar casa por casa.
- e. Estar preparados o dispuestos a las consecuencias que nos pueda traer nuestra misión.
- f. Ser ejemplo y modelo de vida para con ellos.
- g. Anunciar y denunciar con valentía las actividades oscuras del barrio.
- h. Acompañarlos en algunas de sus actividades: entierros, rezos, reuniones, actividades creativas.
- i. Ser imparcial en las zonas o parcelas. Trabajar por igual.
- j. Buscar y formar representantes o líderes en las distintas áreas para integrar un consejo de pastoral para cubrir sus necesidades de orden educativo, cultural, familiar, sacramental.

**CONCLUSION**

Al finalizar estas reflexiones puedo decir que con estos métodos sencillos hasta el momento empleados, hemos rescatado a algunos jóvenes de este «infierno» en el cual estaban metidos. Y hoy trabajan por la sociedad y por su comunidad con dignidad y honradez.

Sólo si actuamos de esta manera seremos instrumento de la misericordia de Dios, para con estos hermanos nuestros que necesitan de nuestro apoyo y de nuestra solidaridad.

Ayúdalos, no los abandones, no les niegues la mano, porque él y otros te necesitan. «Si rescatas a uno habrás salvado a muchas vidas».



**VIOLENCIA - 11**

*Alfredo Infante*

**Idolos en la noche**

En las noches caraqueñas reinan los ídolos, y entre sus garras se van sacrificando vidas. La vida va perdiendo el valor sagrado que posee porque no se la reconoce como absoluta. Un par de zapatos, una chaqueta, un gesto o el control del mercado de la droga, bastan para apagar la existencia del prójimo. El modo de reinar de los ídolos es la violencia.

Esta es una constatación cotidiana. Los estruendos de balas lo repiten a cada momento. En medio de esta realidad surgen las preguntas ávidas de respuestas. ¿Cómo hacer posible el reconocimiento de la absolutez de la vida? ¿Cómo abrir un boquete a nuevas posibilidades de existencia?

1. Lo más dramático y esperanzador es caer en la cuenta de que los delinquentes no son totalmente malos y que también tienen que ser salvados. Que una alternativa real tiene que asumir esta complejidad. Que no se trata de desechar a los violentos sino de convertirlos.

No es idealismo el encuentro cara a cara con algunos, con nombres y apellidos; me ha llevado a la certeza de reconocer que aún está presente en ellos lo humano. Y es aquí cuando uno logra aproximarse al corazón de sus madres porque sólo ellas son capaces de percibir en sus hijos al ser humano y no al monstruo.

2. Pero lo más escalofriante es descubrir que un muchacho sano mantiene como paradigma al malandro más poderoso del vecindario. Para tocar la llaga de esta realidad hay que bajar al encuentro, sabiendo que hay encuentros que hieren el corazón y excitan la pregunta. Por ejemplo, mi encuentro con Chúo, un muchacho bueno de esos que pasan mucho tiempo en la calle, librándose del hacinamiento de su casa. Amanecía. En el suelo estaban las huellas de un sábado caraqueño. Botellas rotas, latas de cervezas y colillas de

cigarrillos, denunciaban una noche de borrachera, bullicio y rumba. Eran cerca de las 7 de la mañana. Yo llegaba al encuentro de un grupo de chamos para subir al Avila. La luz y la brisa prometían buen día. Al llegar a la plaza me quedé asombrado al ver a Chúo sentado en una de las bancas leyendo la prensa. Confieso que me dio gusto ver a un chamo de 12 años con un periódico en sus manos. Me acerqué para darle los buenos días y felicitarlo por su espíritu lector. Apenas escuchó mis pasos volteó sonriendo y me dijo: «Padre, hemos salido en el periódico». Volvió su rostro y se quedó contemplando la página como quien adora un ídolo. Sus palabras me inquietaron, me llenaron de curiosidad y le pregunté rompiendo su encanto: «¿Saliste en la prensa?» Buscó explicarse: «No, yo no salí, quien salió fue el cangrejo..., mire». Extendió sus manos mostrándome las imágenes, y entonces pude leer los titulares «desmantelada red de distribuidores de drogas». Me quedé en silencio. Las palabras se me ajaron. Miré a Chúo, toqué su hombro y le dije «Chúo, Chúo». El sonrió y se quedó contemplando embelesado las fotografías como quien venera un ídolo. En ese momento me acordé que cuando niño con esa misma actitud abría las revistas para ver a David Concepción, a Betulio González o a Pambelé. No cabe duda, los ídolos cambian.

La mañana se iba imponiendo entre los árboles de la plaza.

La gente comenzaba a caminar de un lado a otro del patio, y entre saludos estallaba la voz victoriosa de Chúo invitando a contemplar el retrato del cangrejo.

Otro caso que expresa este drama social es el de Nena, a quien conocí hace cinco años, cuando los estudiantes de filosofía jesuitas iniciábamos nuestro trabajo pastoral en Quebrada de Catuche. Para

ese entonces ella tenía siete años. Recuerdo que era una niña muy viva, de sana picardía e inteligente, de esas a las que el arte de vivir les brota por los poros. En aquel tiempo siempre que visitaba su casa me recibía con mucha delicadeza y conversábamos a partir de sus preguntas. ¿Cómo preguntaba!

Esta Semana Santa volví a Catuche, y una tarde me encontré con Nena; por supuesto, ya no es la misma niña de antes, ahora habla viste y camina como una señorita, aunque sigue siendo niña. El encuentro fue corto, un saludo y un pequeño cruce de preguntas y respuestas: «¿Qué hace usted por aquí a esta hora?... Hoy van a venir los de la Quinta a echar plomo». No me extrañó su advertencia porque en Caracas los enfrentamientos entre bandas son parte de la cotidianidad. Sin embargo, su actitud revestida de cierto orgullo me llenó de curiosidad y le pregunté: «Nena, gracias por cuidarme... pero dime, ¿por qué dices esto con tanta tranquilidad?». Se sonrió y miró a su «compinche» mientras me contaba: «Es que los de la Quinta son mis panitas y me cuentan todo». Yo me quedé extrañado, y su amiga concluyó: «Ellos son nuestros empates». En silencio e invadido de preguntas abandoné por esa tarde el barrio. Al día siguiente, cuando volví, el miedo habitaba en los rostros de los vecinos que comentaban la tragedia de la noche anterior.

Esta relación paradigmática se mantiene por encima de la muerte. «Cuando murió Rafael, el rito fue impresionantemente surrealista. 'Es nuestro', le dijeron a la madre en el momento en que el cadáver salía de la casa. El baile y la música se confundían con el luto y el llanto; de vez en cuando vaciaban botellas de ron y droga sobre el ataúd. Al llegar a la cancha de basquet colocaron la urna en el centro y, entre llanto y rabia se realizó un partido. Al terminar el juego, retomaron el camino haciendo disparos al aire. Hoy, cada vez que asesinan a alguno de los suyos, antes del entierro el cadáver es reclinado delante de la tumba de Rafael.»

¿Qué hay detrás de estos hechos? Por qué para muchos de nuestros muchachos el ideal se centra en el más fuerte? ¿Cómo se explica este acento ritual que está cobrando la violencia? Estoy convencido de que las respuestas a estas cuestiones escapan a las explicaciones socio-económicas. Sin embargo, voy a arriesgarme a

plantear mi hipótesis: Creo que en una sociedad como la nuestra enrumada al colapso, donde el valor sagrado es el mercado, quienes se ven negados de espacios reales crean sus propias posibilidades utilizando incluso los mismos valores de relación que ofrece la sociedad: competencia desmedida, consumo desbocado y poder para amedrentar, quedando relativizado el valor de la vida. En este contexto el narcotráfico se presenta como un mesías con una oferta concreta; desde su maquinaria el joven cree reivindicar lo que la sociedad le ha negado insistentemente.

Por qué Chúo y Nena se agregan a esta dinámica? Inconscientemente perciben que ése es un modo válido de entrar en escena y ser reconocidos. Que de otro modo son anónimos en la sociedad. A mi modo de ver, ésta es la otra cara de la moneda de una sociedad donde el mercado es lo absoluto.

Para finalizar, creo que es conveniente replantear las preguntas iniciales ¿Cómo hacer posible que la absolutez de la vida sea reconocida? ¿Cómo abrir un boquete donde surjan nuevas posibilidades? Definitivamente, es tiempo de sabios.

# comunicación

ESTUDIOS VENEZOLANOS DE COMUNICACION  
PERSPECTIVA CRITICA Y ALTERNATIVA

## SUSCRIPCIONES (4 números al año)

Venezuela	Bs.	700.00	(aéreo)
Extranjero	US\$	14.00	(superficie)
América	US\$	26.00	(aéreo)
Resto del mundo	US\$	30.00	(aéreo)
Número suelto	Bs.	200	

Revista COMUNICACION  
Centro Gumilla  
Edif. Centro Valores, P.B.  
Apartado 48 38  
Caracas 1020-A, Venezuela